

UNO

No pretendían cambiar el mundo, sabían que quienes lo habían intentado antes que ellos habían fracasado. Querían cambiarse a sí mismos.

—Si nos acostumbran a tener que comunicarnos con diferentes personas al mismo tiempo ¿por qué nos disuaden después de amar a más de una a la vez? —se preguntaron una noche, de madrugada, mientras esperaban el alba en la ventana.

La sociedad estaba tan acostumbrada a la monogamia como a la clandestinidad, y el practicar una cosa u otra era irreprochable. No se podía decir lo mismo, desde luego, cuando las que se querían eran tres personas.

—¿También vosotros sois amantes? —preguntaban los más curiosos a Gunther y a George.

Ellos se limitaban a sonreír bajo la mirada divertida de Larissa.

—Nos queremos todos —respondía ella.

Era una forma de reconocerlo dejando las puertas abiertas a cualquier posibilidad.

Si bien era cierto que, hasta ese momento, todos ellos habían llevado una vida dedicada al placer, era igualmente cierto que esa forma de amor tan vasta jamás había entrado en sus existencias.

Los tres habían tenido anteriormente ocasiones de compartir el compañero o la compañera con otro, o ser, a menudo, *el otro*.

Larissa, la más joven de los tres, había hecho el amor sucesivamente con cinco hombres la misma noche y en la misma habitación. Luego había sido contactada por una pareja con la que únicamente debía mantener los muslos bien abiertos para permitir que la lengua de ella explorase secretos femeninos. Hacía muchos años que no había vuelto a compartir su cuerpo con más de una persona, la vez en que había acabado en el sofá de un piso desconocido con dos hombres, justo unos meses antes de embarcarse

en una relación monógama, seguida de un matrimonio.

Fue durante ese matrimonio cuando conoció a Gunther, el más viejo de los tres. Era ese tipo de hombre por el que el tiempo parece no pasar, cuyas arrugas evocan una juventud que jamás ha llegado a desaparecer.

Tras haber sido expulsado de todos los institutos de Roma acusado de acciones subversivas y disturbios a los que le gustaba denominar «revoluciones estéticas», a los dieciocho años había comenzado a vender loros. Los criaba en el balcón de su casa y, de vez en cuando, los soltaba por la ciudad. Ocurría a menudo que los loros volviesen a la jaula motu proprio, pero los pocos que preferían la libertad alimentaban la crónica local con pequeños sucesos.

Larissa y él se habían visto por primera vez en casa de un poeta, amigo común, antes de que ella conociese al que luego se convertiría en su marido.

Esa noche Larissa no tenía ganas de salir, había subido para fumarse dos cigarrillos y se había marchado sin recordar ni las caras ni los nombres. Se había olvidado de Gunther antes incluso de haber llegado a los pies

de la escalera, de haber llamado a un taxi y de haberse echado de nuevo en el sofá de su piso para mirar el techo envuelta en la oscuridad y el silencio de su casa. Gunther la había observado mientras se presentaba al resto de los invitados y sonreía con evidente desgana. Él la había recordado durante un tiempo algo más prolongado, un par de horas, pero a la mañana siguiente era también parte del recuerdo.

A Gunther le había llamado la atención la extraña luz que parecía rodear el contorno de su cuerpo. Similar a una harina mágica, intangible, le resbalaba de la cabeza a los hombros, se instalaba en sus pechos pequeños y redondos, y se acomodaba en sus caderas. Era una luz misteriosa, una reverberación arcaica que venía de lejos, más sorprendente cuanto más antigua, porque Larissa, por aquel entonces, todavía era menor de edad.

Era la poetisa más joven de la ciudad y su nombre circulaba desde hacía tiempo en los círculos literarios de la misma. Gunther había oído hablar de ella y en ese momento, mientras la escrutaba en el salón de su amigo, rodeada de poetas y literatos, le daba la im-

presión de no ser consciente del poder que, de manera tan precoz, tenía en sus manos.

Tras aproximarse a ella, Gunther olfateó el aroma que emanaba. «Es una tía espabilada», pensó, si bien no pudo por menos que notar la sensación de pureza que le transmitían la melena que le rozaba los hombros y los ojos de color avellana que clavaba en el suelo cuando estaba segura de que nadie la miraba.

Se volvieron a ver cuatro años después. Larissa había escrito otras obras, seguía siendo mucho más joven que buena parte de los poetas de su entorno, y se había casado con un marxista coetáneo, ecologista, primitivista y pesimista.

La habían invitado a asistir con su marido a una lectura de poesía que iba a tener lugar en un local de San Lorenzo donde servían gratis vino de mala calidad en unos vasos de plástico en tanto que el público escuchaba en silencio los versos de unas poetisas ancianas que lucían unos sombreritos de paja sobre sus cabelleras estoposas.

Larissa, sentada frente al público, escuchaba sus pensamientos a la vez que seguía con los ojos las manchas que había esparcidas por la pared blanca.

A varias filas de distancia Leo, con los brazos cruzados, suspiraba y tosía de aburrimiento. Una revista de izquierdas ocupaba la silla que había entre Gunther y él.

Gunther le preguntó si podía leerla. Leo no tuvo ningún inconveniente.

Nada más finalizar un artículo sobre una nueva variedad de psicofármacos, Larissa inició su lectura.

Al oír su voz profunda Gunther alzó la cabeza y se sorprendió de que su dueña fuese una joven tan menuda, con los hombros tan estrechos, y las muñecas tan finas como baquetas.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se trataba de la misma persona que había conocido hacía ya varios años. Escuchó cinco o seis versos y luego acabó el artículo. Cerró la revista golpeando con fuerza sus páginas. Los poetas polvorientos no notaron su gesto; Larissa, en cambio, alzó con desgana los ojos y lo miró. Esbozó una sonrisa, no porque lo hubiese reconocido, sino porque esa pequeña distracción parecía haber aligerado un poco la atmósfera marmórea reinante que tanto detestaba.

Gunther invitó a Leo a beber un vaso de vino. Larissa alzó de nuevo los ojos y vio que se alejaban.

— ¡Yo también soy poeta! — dijo Gunther a Leo, que parecía tímido—. Pero crío loros.

Tras apurar el vino de un trago preguntó a Leo si él también escribía poemas.

— No, la poetisa es mi mujer — contestó Leo aludiendo a Larissa.

Luego hablaron de economía y de política olvidando la poesía.

Esa noche cenaron juntos, y también las sucesivas. Larissa observaba a Gunther mientras devoraba chuletas de cerdo, se ahogaba en el vino, limpiaba con esmero los cubiertos con las servilletas, y guiñaba un ojo a las camareras y a los clientes del restaurante. Esa primera noche se prometió a sí misma que en cuanto volviesen a casa reuniría a Leo por la costumbre que tenía de ir recogiendo a todos los chiflados que pillaba por la ciudad sin pedirle de antemano su opinión. Esos tipos se quedaban pegados a los sillones de su casa y permanecían en ella como invitados durante un tiempo indeterminado.

Gunther le parecía un alcohólico y un vagabundo. Necesitaba estar en la calle y en los locales el mayor tiempo posible, siempre era el último en marcharse. Se reía mucho y de manera estentórea, interrumpía las conversaciones levantándose de la silla y gesticulando; era un histriónico sin el menor sentido del pudor.

A Larissa no le sorprendió que Gunther y su marido se convirtieran en íntimos amigos. Sabía de sobra cuál era el motivo por el que Leo lo admiraba tanto: el apasionamiento del que él carecía por completo.

Admirado y aturdido, Leo seguía a Gunther por las calles nocturnas, le hablaba de los conflictos en Oriente Medio mientras el otro cortaba rayas de cocaína encima de los espejitos de los coches aparcados; discutían sobre la supremacía norteamericana indignados, ofendidos, revolucionarios.

Larissa los seguía como un animal silencioso, confiaba en que Leo cambiase, confiaba en que la influencia de Gunther resolviese las carencias de las que su matrimonio era un sano portador. Esperaba que llegase el momento en que la materia incandescente de Gunther disolviese los nudos de Leo.

No obstante, por mucho que la vida caótica de Gunther fascinase a Leo, este se iba tornando cada vez más cerrado e impenetrable. Al cabo de unos meses del inicio de la amistad expresó a Larissa su disgusto.

—Bebe y se droga demasiado —dijo.

—No lo juzgues —sugirió ella—, no os parecéis en nada, vuestras necesidades son muy distintas. Intenta más bien que te transmita lo mejor de él.

—¿Crees que Gunther tiene cosas que a mí me faltan?

Era una pregunta que obedecía más a la curiosidad que a la amenaza. La única palabra que a Larissa le vino a la mente fue *consciencia*.

—Él es más consciente.

Leo le pidió que se lo explicase. Larissa no supo.

En dos ocasiones Larissa tuvo la clara sensación de que Gunther se sentía atraído por ella.

La primera vez fue una tarde, después de comer. Su marido y ella estaban tumbados en el sofá y habían intentado un amor que no consumaban desde hacía ya varios meses.

Gunther llamó a la puerta un instante después de que Larissa se hubiese apiadado de Leo y hubiese decidido concederse a él.

Larissa se apresuró a arreglarse el pelo y trató de sentarse con naturalidad en el sofá a la vez que se tapaba las piernas desnudas con una manta.

Gunther hizo su entrada con dos botellas de vino, una debajo de cada brazo. El embarazo de Leo saltaba a la vista, lo que quedaba de la erección aflojada por la sorpresa le oprimía los pantalones.

— ¡Vaya! ¿Estabais haciendo el amor? Disculpad... — soltó Gunther sin pensárselo dos veces.

Leo lo negó al mismo tiempo que Larissa decía que sí.

Gunther le sonrió y, mientras Leo se alejaba para cerrar la puerta que su amigo dejaba invariablemente abierta, el muy descarado sacó la lengua y la miró a los ojos.

La segunda ocasión se produjo varios meses más tarde, en verano. Larissa llevaba un top escotado en la espalda. Caminaba entre los dos, se dirigían hacia el centro, donde Gunther había quedado con un par de amigos.

Para empezar sintió la mano de él en la nuca. No era raro que Gunther acariciase los hombros o el pelo de los amigos con los que compartía su tiempo.

La mano resbaló por la espalda. Más que afecto, parecía deseo. Cuando notó que se deslizaba hacia las nalgas, Larissa se apartó con discreción y simuló que ese contacto había sido fruto de un gesto involuntario. Era ese el deseo que ella reclamaba para su cuerpo, esa veneración agresiva, solo carne, solo piel y humedad. Un deseo que Leo no podía ofrecerle, dado que los años que habían pasado habían deshidratado el estremecimiento.

Esa misma noche Larissa se lo contó a su marido. Leo no se lo creyó.

—¿Acaso piensas que los demás ya no me pueden encontrar atractiva? —lo provocó.

Él no respondió.

—Ni siquiera tú —prosiguió ella.

Él volvió a optar por el silencio.

La respuesta era tácitamente afirmativa y por ese motivo ella hacía mucho tiempo que no se sentía mujer.

Ya no recordaba sus aventuras de adolescente, cuando le bastaba una mirada para

incitar al amor. O contonearse sobre los tacones para atisbar erecciones arrogantes.

Había perdido la conciencia de su feminidad y consideraba como único responsable al matrimonio.

A medida que se iba acomodando a la calma había perdido el contacto con su naturaleza animal. El carácter sosegado y convencional de su marido no podía sino secundar ese proceso de muerte de los sentidos y del deseo que, a esas alturas, solo se podía combatir con una separación.

Mayo fue el mes de las separaciones.

Gunther y Leo riñeron por razones de política internacional. En tanto que Leo aseguraba que Hamás tenía legitimidad para bombardear el territorio de Israel, Gunther sostenía que el asunto carecía de fundamento. Discutieron toda la noche delante de una botella de absenta.

A partir de ese día los dos amigos no se llamaron por teléfono ni se volvieron a ver. De esa forma, Larissa perdió también el contacto con Gunther.

A finales de ese mismo mes Larissa y Leo decidieron divorciarse. Fue una separación civilizada y pacífica, ni se odiaban ni se

recriminaban culpas que, a decir verdad, eran inexistentes. Se habían casado nada más cumplir dieciocho años y con veinticinco empezaban a ver que sus caminos se iban separando más de lo que nunca se habrían imaginado. A pesar de que creían en la sinceridad y en la pureza de su amor, se habían ido deslizando de manera inevitable al interior de una herida lenta e invencible.

La misma noche en que se separaron Larissa conoció a un turista americano.

Un mes juntos y un sinfín de incomprendiones; lo atribuyeron a los diferentes idiomas cuando, en realidad, era sencillamente desinterés recíproco.

Una noche en que el americano y ella fueron al Trastevere se encontró con Gunther.

Ella le contó que se había divorciado. Gunther le dijo que tenía buen aspecto, le cogió una mano y la hizo girar sobre sí misma. Estaba borracho.

El cuello de Larissa se tiñó de rojo, le dio las gracias a Gunther apresuradamente y volvió a sentarse al lado de su amante americano.

De nuevo pensó que le gustaba a Gunther, si bien no le apetecía mínimamente secundar esa atracción.

Habían sido amigos, él había sido el mejor amigo de Leo. Larissa jamás había engañado a su marido y la idea de complacer a su viejo amigo le parecía una ocasión, si bien tardía, de traicionarlo. Una sonrisa equívoca habría dado alas a la mente de Gunther, y ella no podía permitirlo.

No sentía la menor atracción por él.

Después del americano llegaron dieciséis hombres más.

Larissa sintió que se adhería por fin a sí misma reconquistando la pasión que creía haber perdido durante el matrimonio. Se concedía con alegría y generosidad, y los quería, los quería de verdad, aunque solo fuese durante una noche o dos, o, como mucho, una semana. Esa libertad del cuerpo le parecía la justa recompensa a varios años de privaciones, años en los que se había visto obligada a mortificar su deseo.

Si, por un lado, la promiscuidad completaba ciertos aspectos de su naturaleza más íntima, por otro la necesidad de pertenencia llamaba cada vez con más insistencia a su puerta. Anhelaba una relación más auténtica, un amor dispuesto a compartir con ella algo que fuese más allá de la piel.

Empezó a exigir más a los hombres que frecuentaba y les hacía partícipes del tormento que la atenazaba, incapaz de elegir entre su naturaleza libertina y su índole burguesa. Los repetidos rechazos que recibió la hicieron desmejorar rápidamente.

No lograba escribir y comía poco. Empezó a beber alguna que otra copa de vino en solitario; al cabo de unas semanas volaban botellas enteras durante la noche cuando, con papel y bolígrafo, intentaba acabar unos poemas que iniciaba y que jamás lograba finalizar.

Vivía sumida en la frustración artística, en el tormento y en la imposibilidad de reconocerse en la persona en que se había convertido.

Buscó alivio en los opiáceos y en la cocaína, pero no encontró en ellos ningún espejo capaz de reflejarla.

Las poesías inacabadas revelaban, sobre todo, su desazón. A mediados de noviembre se metió en la cama un domingo por la tarde y no se levantó hasta el martes por la mañana. Había perdido todo interés por la vida, pese a que no había deseado la muerte ni un solo segundo.

Lo que los otros calificaban de experiencia nihilista en su caso se trataba tan solo

de la necesidad de reencontrarse, y cualquier medio o circunstancia le parecían oportunos.

Volvió a encontrarse con Gunther a principios de diciembre. Hacía ya unas semanas que Larissa había adoptado la costumbre de comer en el parque, miraba los gatos que poblaban la colonia y exigía al aire y a los árboles estímulos e inspiraciones, en tanto que los felinos se perseguían y sujetaban entre las mandíbulas palomas moribundas.

Larissa se tapaba la nariz con una capa blanca. En su cabeza seguían relampagueando las imágenes generadas por las drogas que se había tomado la noche anterior. El vino le calentaba las venas, pero tenía la impresión de que su cuerpo yacía en una charca. Hacía tiempo que había perdido incluso las ganas de hacer el amor.

Gunther la vio antes y se acercó trotando hacia ella sujetando a su perro con la correa.

Ella no supo explicarse el hormigueo que sintió en las manos cuando lo vio. De improviso se sintió feliz. También Gunther parecía sentir la misma alegría y, apurando su cigarrillo, se acercó y se arrodilló al lado de Larissa, que estaba tumbada en la hierba.

Ese gesto, tan íntimo, la hizo sentirse protegida.

Gunther reconoció en su amiga una tristeza que, sin embargo, era inusual en ella.

Sabía que, de vez en cuando, era capaz de arrojarle a precipicios de melancolía que le velaban los ojos y sabía que uno de los monstruos más atroces de su edad era la insatisfacción. Gunther había pasado por esa fase y quizá nunca había salido del todo de ella.

Larissa le contó todo: el rechazo de los hombres, el alcohol, las drogas y la aridez artística. Le confesó que la infelicidad que la oprimía era distinta de la que sentía con Leo.

— Es un partido contra mí misma, ¿comprendes? Antes éramos dos los que debíamos compartir la insatisfacción y las frustraciones. Ahora, en cambio, estoy sola; soy la única responsable.

Larissa había considerado desde un principio que Gunther era un hombre autodestructivo, e incluso los amigos que tenían en común lo describían así, como una persona poco fiable e inconstante. No obstante, ella sentía que bajo esa corteza ruidosa existía un corazón ardiente.

Nadie mejor que él podía entenderla en ese momento tan especial de su vida.

Larissa siempre había reconocido en ella una fuerza innata capaz de procurarle una energía vital pura. Esa nueva debilidad, esa incapacidad de encontrar en sí misma la plenitud la irritaba al mismo tiempo que la hacía sentirse inadecuada.

Gunther asintió con la cabeza. Era la primera vez que ella hablaba tanto con él y no la interrumpió. Durante su relato se encendió cuatro cigarrillos a la vez que sonreía comprensivo.

Eran un hombre adulto y una cría. Él escuchaba paciente sus pecados y tormentos. El perro miraba muy tieso a los gatos que, detrás de las rejillas, se deslizaban furtivos e irritantes por el césped.

Permanecieron en silencio unos minutos, acto seguido Gunther apagó en la hierba blanda el enésimo cigarrillo y, cohibido, abrazó de improviso a Larissa.

Fue un abrazo envolvente sin el menor viso de erotismo. Estaban cerca y ella sentía que lo comprendía mejor que nunca, sin duda mejor que cuando estaba condicionada por el juicio de Leo.

— Yo he dejado por completo todas mis dependencias — exclamó satisfecho.

Ella lo escrutó estupefacta.

Gunther soltó una de esas carcajadas que parecían fuegos artificiales, unos rayos azulados que llameaban en derredor colmando el aire; a Larissa le pareció menos gris que en otras ocasiones.

Gunther la invitó a la fiesta de su cumpleaños, que celebraba al día siguiente.

— ¡Mañana también es mi cumpleaños! — exclamó ella y, sin darse cuenta, rompió a reír sonoramente.

La risa atronadora de él se unió a la caballuna de ella, de manera que incluso el perro no pudo por menos que festejarlos con un aullido.

Al día siguiente por la tarde, antes de anochecer, Gunther se presentó en casa de Larissa. Llevaba tres bolsas grandes de plástico por las que asomaban varias botellas de alcohol.

— ¡La fiesta! — dijo sin más.

De nada sirvió explicarle que no estaba previsto que la celebrasen allí. Él lo había decidido ya y, mientras observaba cómo colocaba las botellas sobre la mesa, Larissa no tuvo fuerzas para oponerse a su voluntad.

Apenas conocía a los invitados de Gunther, pero este les había avisado el día anterior de que ese día era también el cumpleaños de Larissa, de manera que todos tuvieron la delicadeza de besarla en las mejillas cuando llegaron, antes de desaparecer para festejar con Gunther, que a esas alturas estaba ya borracho.

Al final de la noche quedaron solo cuatro invitados: ella, Gunther y dos de sus amigas. Se veía a la legua que las dos eran candidatas a pasar el resto de la noche con él. Bien por separado o, quién sabe, tal vez las dos en la misma cama.

Gunther besó primero a una, y luego a la otra. Todos estaban ebrios y el pudor sobraba.

Gunther se reía divertido de esas dos jóvenes que esperaban un movimiento que solo él, en calidad de hombre, podía hacer.

Larissa observaba la escena. Consideraba mortificador que correspondiese a los hombres el papel de cortejadores activos y que las mujeres, en cambio, tuviesen que fingir desinterés: se veían obligadas a protegerse, a burlarse del hombre. «Cuanto más se niegan las mujeres más acicatean su deseo»,

pensaba Larissa. Ella no era capaz: el rechazo, poco importaba que fuese la autora o la víctima, la desmoralizaba. De hecho, había aceptado con frecuencia propuestas que disgustaban a su corazón y a su cuerpo porque negarse la atemorizaba tanto como la amenaza de una enfermedad mortal. Divagando, se quedó dormida en el suelo.

Se despertó al cabo de unas horas, al amanecer, molesta por el dolor de espalda. Gunther dormía a su lado. Compuesto y pacífico. Daba la impresión de que sus ojos cerrados se podían abrir en cualquier momento. Parecía mucho más niño, si bien su piel relajada e inerte no pedía protección, al contrario, daba la impresión de ser hijo del universo consciente y de estar absorto en la contemplación de su naturaleza pura e incontaminada. De las jóvenes no había ni rastro.

Larissa se movió sigilosamente para no despertarlo. Cuando se incorporó la mano de él le aferró una muñeca.

Ella se volvió. Gunther mantenía los párpados cerrados, pero sonreía. Petrificada por ese gesto, Larissa no tuvo tiempo de pensar.

Gunther la sujetó por el pelo y la besó como si ansiase penetrar todo su cuerpo introduciéndose por la boca. Era un beso devorador y Larissa dejó que la devorase, que la tocase, que la aferrase y le hiciese el amor.

Fue un coito desesperado, del que nacieron sudor y sangre en abundancia, la sangre menstrual de ella no lo detuvo en su devastadora y furiosa carrera y se esparció por doquier.

«Está furioso», pensó Larissa mientras Gunther se adentraba en ella.

Liberando la voz y las garras, amalgamados en un sopor alcohólico, Gunther y Larissa vivificaron sus sexos, los colmaron de energía, pero esta vez no se trató de la energía destructora que Larissa transmitía al resto de sus amantes ni de la energía ansiosa que Gunther absorbía de las demás mujeres para recargarse. Con cada golpe, con cada gemido, algo iba creciendo; como si una aguja zurciese un vestido desgarrado entrelazando sus hilos; cada vez que la punta del pene de Gunther rozaba los ovarios de Larissa el vestido parecía adquirir una forma más definida, de manera que, por fin, era presentable. Pese a que ambos podían jurar que ha-

bían gozado del sexo, ninguno de los dos podía ignorar que, bajo esa manta, el significado del goce corría el riesgo de aclararse, de convertirse en una verdad finalmente desvelada.

Al día siguiente, de esa furia restaba tan solo una manta ensangrentada y dos besos en las respectivas mejillas.

Gunther volvió a su casa, llevó el perro al parque, regresó de nuevo y se ocupó de los loros.

A media tarde, después de haber ordenado la habitación, metido la ropa en la lavadora y clavado de nuevo en la pared un marco con el retrato más famoso de Karl Marx, se sentó a la mesa de la cocina. Se escanció un poco de vino en una copa y empezó a beber.

A continuación se llevó un dedo a la boca y mordisqueó la pielecita que tenía en la base de la uña. Lo encontró justo allí, tan intenso como el alcohol puro que abrasa la garganta al deslizarse por ella. Estaba allí, encastrado entre la uña y el dedo. El olor de ella, su sangre, su humor, sus heces, pegados a su piel desde la noche anterior. Le gustó. Siguió girando la pielecita entre los dientes.

Se concedió la idea de acostarse con Larissa una vez más, y fantaseó con ella toda la noche.

Al otro lado de la ciudad, Larissa observaba la manta ensangrentada temiendo que el mero hecho de tocarla y lavarla tornase real el encuentro que no debía haberse producido. Lavar las manchas significaba aceptar la realidad de lo acaecido; así pues, dejó la manta en el lugar donde se encontraba y se inventó una fantasía tan inverosímil que llegó a parecerle creíble. Alguien había sangrado por la nariz y había ensuciado la manta. Eso era lo que había sucedido.

Jamás volvería a hacer el amor con Gunther, pensó. Y con ese pensamiento dio por zanjada la cuestión.

En ese mismo momento, en otra ciudad de Europa, George estaba embarcando por la puerta número cinco en el vuelo que se dirigía a Roma. En el bar del aeropuerto había pedido dos güisquis y había disuelto en la lengua tres pastillas de Valium.

Llegó a la puerta del avión con una sensación de aturdimiento en las piernas que

subía por su cuerpo y le calentaba el estómago cuando llegaba a él.

Esta vez no tendría miedo, lo sentía.

Se sentó al lado de una mujer con el pelo tan rubio que casi parecía blanco. Observó sus largos pendientes dorados que se balanceaban mientras el avión avanzaba por la pista. Cuando este alzó el vuelo se quedó sin aliento. George intentó recuperar las moléculas alcohólicas que, en ese instante de pánico, daban la impresión de haberse evaporado. Intentó recordar hasta qué punto estaba borracho antes de que el avión despegase. Cuando, por fin, su cabeza empezó a caldearse también, George cerró los ojos y descubrió que estaba sonriendo.

Pensaba en su amigo Gunther, en los años en que habían estado separados. El anhelo por reunirse de nuevo con él superaba al miedo que le producía estar suspendido en el aire.

Volvió a cerrar los ojos y sintió el intenso perfume a azahar de su vecina. Con los párpados cerrados pensó en un jardín y en la piel blanca de una mujer desconocida hasta que se quedó dormido.